Quimera

Revista de literatura

315

¿SABE QUIÉN ES ESTA MUJER?

(MUY PRONTO LO SABRÁ)

FEBRERO 2010 84 págs 5 €

DOSSIER NARCOLIT

ESCRIBEN: SERGIO ÁLVAREZ, MARC CAELLAS, GABRIELA POLIT-DUEÑAS, OMAR RINCÓN.

ENTREVISTA A YURI HERRERA + PORTAFOLIO DE ARTEMIO NARRO.

NOVÍSIMA POESÍA VENEZOLANA / ELSA MORANTE

ENTREVISTAS: LLUCIA RAMIS, ENRIQUE REDEL.

EL QUIRÓFANO: GUY DELISLE, HERTA MÜLLER, DENIS JOHNSON.

LAS TEORÍAS SALVAJES
(ADELANTO EXCLUSIVO)

Pola Oloixarac, la escritora revelación del último año en Argentina con sus *Teorías salvajes*, aterriza en España via Alpha Decay. ¿Las razones de su éxito? Lea el siguiente extracto.

5

Entre las tribus Gahuka-Gana y Gurumbumba, en Papúa, los niños vestidos de tigres son traídos a la vera del río, rodeados de los cánticos y aullidos de los guerreros. Allí confrontan a un grupo de hombres masturbándose, con las piernas dentro del agua; éstos introducen pedazos de hojas filosas en sus agujeros nasales hasta hacerlos sangrar profusamente. Los niños iniciados imitan sus gestos para inducirse hemorragias; luego son llevados al centro del bosque, donde permanecen en las cabañas de los guerreros durante un año. Durante ese período tienen contacto escaso con mujeres y se dedican a practicar el sangrado de narices, vomitar y tocar la flauta.

Los primeros pasos de Augusto García Roxler en la sociedad de los hombres también fueron singularmente oscuros y sistemáticos. Algunas leyendas universitarias (rumores peyorativos que no sobrevivieron el traslado de la facultad a su reino actual en la calle Puan) lo muestran acariciándose las zonas pudendas durante sus exámenes escritos. No precisamente la efigie ecuestre de un prócer de las letras argentinas. Pude averiguar (en operaciones secretas que no adelantaré) que sus contactos con el bello sexo se restringieron al mínimo. En cambio, su aspecto retraído, vulnerable, le franqueó la confianza de varias muchachas poco agraciadas del plantel no docente que aceptaron participar de sus experimentos en calidad de colaboradoras. Emilia Sosa, *aka* la "Chancha" Sosa, fue la primera en completar sus extraños cuestionarios, en soportar estoica el horror que producía la Teoría cuando adoptaba formas tan originales y misteriosas. Aparentemente, su desnudez defectuosa era un factor que facilitaba el trabajo; si bien no era el único, poseía la fuerza necesaria para que ellas lo reconocieran *voluntaria, instintivamente* como su predador. También les medía los cráneos; para el momento de mi ingreso en la facultad, García Roxler había perdido el rumbo y abandonado esas prácticas.

Personalmente, al principio desprecié sus teorías. Dejaba caer una media sonrisa cuando escuchaba o leía su nombre: y si detectaba un libro suyo, hurgando el cajón de usados, lo hacía a un lado, sin mayor trámite, como se aparta a los pequeños que no pueden coordinar sus ambiciones o escribir correctamente. Cierro los ojos y lo veo avanzar por el Gran Pasillo de la Facultad, serio, con aire ausente, sobretodo gris, papeles y libros cayéndosele de los bolsillos, y me veo mascando lánguidamente un chicle globo o levantando una ceja despectiva, o las dos cosas; la época salvaje de las teorías de Augustus era historia, no del tipo histórico que esparce prefacios, temor, discípulos; tenerlo entre nosotros era menos un honor que la prueba de un ecosistema gagá donde se permitía al académico gagá convivir a gusto con el deterioro institucional, como lo había hecho durante toda su vida; no se esperaba de él más que la *posibilidad* de una presencia (gagá) a manera de retiro en vida; gracias a estos individuos, la universidad exhibía su colección de pinturas de Dorian Gray, retratos autómatas de una universidad anquilosada que nunca conseguía estar orgullosa de sí misma. Incluso antes de que yo entrara en la facultad, la vida intelectual de Augustus estaba terminada. El debilitamiento de sus funciones superiores le confería ternura ¿pero libros? Sólo yo, por mi naturaleza omnívora, por mi devoción a la tarea del saber, había condescendido a revisar esas bibliografías espurias.

Difícil es, se sabe, disociar sensatez y sentimientos de un contemporáneo, más si el contemporáneo en cuestión nos parece primo de alguna especie secundaria de *Tyrannosaurus rex*; sólo puedo afirmar que, llegado el momento, su voz presentóse ante mí con la cadencia de los hechos absolutos. Ocurrió lo imposible: la joven promesa, la tigresa rampante de las aulas (*moi*) halló interés en la bestia añosa, el relegado profesor Augusto. Y ahora, *ensuite*, todo es diferente. Mi romance invertido con García Roxler dio un vuelco decisivo; y con el

No creo haber conocido un enjambre de actividad teorética comparable desde mi tumultuoso affaire con la teoría guerrera de Clausewitz y los Maanloos Geschriften (Escritos sin Luna) del propio Van Vliet. No podía parar.

don para la acción que sólo se adquiere en las facultades humanísticas, y el brío de mi juventud, me lancé a investigar las posibilidades de su teoría. El propio García Roxler accedió a enviarme una copia de un artículo seminal publicado en *Rivista di Filosofia Continentale*, que luego devolví al autor acompañado de un escueto encomio y un prolongado anexo de notas. Puse manos a la obra de inmediato, postergando investigaciones acaso más urgentes. Escribía con letra pequeña, seráfica, en papeles que arrastraba conmigo a todas partes; luego traducía mis arrebatos a la dócil caligrafía electrónica, tanto más legible. Pronto adherí a esa ilustre teoría del Tiempo que desprecia las representaciones lineales y deja todo tiempo, pasado y futuro, por escribir. Conseguí artículos inconseguibles publicados en New Haven, Río Cuarto, Aix-en-Provence y Leipzig, una transcripción de "¿Sueñan las pinturas rupestres con estructuras sintácticas?"; también me compré un pez (Yorick, un *Betta splendens* rojo) porque tarde o temprano necesitaría compañía. No podía parar.

Los picos de intensidad, los momentos en que mis intuiciones se exhibían más o menos aprehensibles al ojo humano, tenían lugar después de la cena y también temprano a la mañana; sólo durante las horas rosas hasta la hora violeta (de 4 a 7pm) mi mente se regalaba un descanso. Fuera de estos intervalos, mis uñas no crecían: el traqueteo del teclado constante las erosionaba. Usaba muñequeras para evitar calambres en la zona carpal. Leía, discutía en voz alta, borroneaba premisas, deshacía conclusiones; leía los textos de Augustus, las clases de Augustus, volvía a mis notas, tachaba, corregía los errores sobre el margen, y de vuelta a escribir. Augustus había dado el primer paso en una dirección tácticamente prohibida: su aproximación a la Teoría de las Transmisiones Yoicas de Van Vliet combinaba intuiciones metafísicas, profundidad antropológica, potencial de filosofía política y un lenguaje atrayente, arriesgado y racionalista. No creo haber conocido un enjambre de actividad teorética comparable desde mi tumultuoso affaire con la teoría guerrera de Clausewitz y los *Maanloos Geschriften* (Escritos sin Luna) del propio Van Vliet. No podía parar.

5.1

Quienes lean estas páginas* antes de que hayamos sido presentados personalmente pueden visualizar a una jovencita en sus veintes, melena azabache, impermeable beige. La emoción tiñe sus mejillas de rosa. Se corre el cabello del rostro y atraviesa de puntillas una puerta de cristal. La puerta conduce a un hall de mármol y rojas alfombras; como una *débutante* de la Rusia imperial, la joven parpadea delicadamente ante la turba que compone el mundo; sus piececillos glaucos aún no se atreven a descender sobre él. Hay otra puerta, donde hay gente agolpándose para entrar: impelida por codazos moderadamente brutales, la joven pierde el equilibrio y penetra el salón.

Se trata de una recepción en una embajada latinoamericana, en homenaje a un literato yucatense de visita en la ciudad; la promesa de bebestibles repartidos gratuitamente en un clima de decoro había atraído a la crema de la intelligentsia local. Los mariachis musicalizaban el ambiente; pequeñas sociedades de caballeros y señoras conversaban animadamente en torno a algunas luminarias, había grupos de elementos bohemios o filobohemios, algunos académicos, ceños perrunos, varios pelados. Una sobria armada de camareros repartía espumantes; el clima era distendido y los mariachis y sus chalecos contaban con la simpatía del público. Empezaba a sonar el bolero "Sabor a mí".

Nuestra joven *débutante* se desliza furtivamente, vadeando el ventanal de ondulaciones *nouveau*, mirando discretamente en todas direcciones. Se queda un rato sin pensar en nada en particular; cuando el terceto mariachi llega a los versos *No pretendo ser tu dueña/ no soy nada, yo no tengo vanidad*, recupera la función motoro-craneal. No hay rastros de Augustus, por ninguna parte.

Traga el champagne que le ofrecen y ahorca un canapé de tocineta con labios trémulos. La canción muta subrepticiamente a "Piel Canela" (también conocida como "Me importas tú"). Uno de los ayudantes de cátedra de Augustus –uno de los palafreneros de su ducado nepótico– atraviesa el salón rebotando contra los invitados. Es el regordete E.G., que viene hacia ella. Horrorizada, la joven intenta mezclarse entre los invita-

dos para eludirlo. Después de vapulearlo las olas humanas lo arrojarían contra los ventanales, así que ella se desliza sigilosa de costado, bordeando la rompiente, preferentemente hacia los baños.

Incapaces de sustraerse a su influjo, los hombres la miran, le hablan, intentan detenerla. Pero ella no puede distraerse charloteando con elementos ajenos al plan. Adopta una posición estratégica, a salvo de chacales. Lamentablemente no transcurre mucho tiempo para que uno de los camareros se agache cortésmente a preguntarle qué hace debajo de esa mesita, si se siente bien. Y aunque los separan decenas de metros y personas, puede oler a su presa, no importa qué haga para esconderse. Acepta el champagne que le ofrecen; sus labios ácidos brillan.

Y de pronto el sustantivo García Roxler se hace carne y está ahí, gabardina azul, pantalones grises, puedo verlo. Encumbrado, magnético, canoso, sonríe inexpresivamente –quizás con un ligero desprecio por el *quidam* que tiene enfrente, alguna vez secretario de cultura de la Ciudad. ¡Oh, no planeaba aparecer atascada de pronto frente al ex secretario y su increíble interlocutor cautivo, como un blasón de proa en forma de sirena! Mi mano tendida exquisitamente hacia ellos no se hizo esperar:

—Dr. García Roxler. Buenas noches. Tengo un proyecto imposible que ofrecerle.

No es la primera vez que el vigor de mi franqueza deja perplejas a las personas. La primera reacción de Augustus fue recular un poco, como una *avis* púdica que al tomar distancia exhibe (¡*Majestitas Domine*!) ese aplomo levemente despistado, oscuramente romántico –el aura reticente y seductora del académico sudamericano innato. El ex secretario inclina su pelada hacia mí, afectando un aire de parisino refinamiento: yo escondo el labio bajo los dientes, de pura voracidad.

Foto: Chus Sánchez

Pero me quedé callada, me tragué mis ganas. Algo similar quizás sientan los gatos al hacer avanzar y retroceder bolas de pelo a través del conjunto laríngeo (¿soy Yo que juego con la bola de pelos?, ¿o es la Bola de Pelos que juega conmigo?, pensará la gatita Montaigne.

Habitualmente parco en sus expresiones, Augustus creyó suficiente decir(me):

AUGUSTUS: Confíe en sus intuiciones. No me lo ofrezca, y no lo aceptaré.

YO: No crea. Sería erróneo de su parte. Sin embargo, están dadas las condiciones para que usted se considere en la obligación de rechazarlo. Con esto me refiero a condiciones no totalmente objetivas, por cierto.

AUGUSTUS (*algo impaciente*): ¿A qué se refiere?

Le expliqué con toda solicitud que ciertos escritos suyos adolecían de una serie de errores, *diría graves*, cuya cualidad contaminante laceraba otros puntos de vista que aún tenían decentes posibilidades de conservar cierto nivel de sustancia o, al menos, interés. Yo, no obstante, podía resolverlos, y prefería comunicárselo de este modo que destrozándolo públicamente en un congreso. El ex secretario parecía muy divertido y quiso saber mi nombre. Augustus lo detuvo con un ademán (tal vez celoso) y, presa de una certeza inconfesable o alguna inquina natural, se inclinó hacia mí con exacta lentitud y parsimonia: "Dudo, señorita, que me interese la energía de su adjetivación en torno a mi trabajo".

Foto: Chus Sánchez

El intervalo se volvió espeso: abierto y furtivo a la vez. A menudo, en sus clases, me he sentido fuertemente vigilada por él. Me sorprendía la fijeza del pacto de sumisión que mantenía con cierto sector anatómico mío. Sencillamente, no cedía. Yo entornaba los ojos con suma reverencia, porque me daba cuenta de que aquellos ejercicios de oscuridad obligaban a estarse quietita. Un anhelo prodigioso subía por mis rodillas, rozaba mi triángulo amatorio. Puedo verlo, puedo verlo todo: Augustus levantándose para escribir algo en el pizarrón y Augustus detenido de pronto (fulminado por el rayo de una idea fabulosa, impía) con el borrador en la mano. Augustus tolerando interrupciones –cerrando lento el puño de furia. Augustus compenetrado en un brioso circunloquio, nadie lo escucha; yendo de un lado a otro y parado, escéptico, ante el cielorraso. Lo veo cambiar de opinión (elegir la bifurcación de mundos correcta) y romper cuidadosamente una tiza. Su rostro alternando entre el pizarrón vacío y los rostros vacíos de los alumnos sentados en las primeras filas, hasta que Augustus se hunde en la silla, manotea unos caramelitos amarillos del bolsillo interno del saco y continúa su lectura como si estuviera completamente solo y nosotros participáramos del raro, repetido homenaje del encumbrado García Roxler dejándose ver. Parado en medio del aula, dedicándome endecasílabos sombríos –mensajes sublimes que sólo yo podía descifrar.

Respondí lentamente, como acercándome a un animalito del bosque, dejando caer mis palabras como caramelos entre los animalitos del bosque. Él no dijo nada; confiado en su retórica facial, Augustus prescindía de destrezas lingüísticas. (En realidad dijo algunas cosas pero, *noblesse oblige*, prefiero suavizar esa erupción de fetidez, saliva y postestructuralismo con una dosis de silencio igualmente brusca.) Me mantuve incólume, con mi copi-

ta en la mano temblando vacía. Las ideas pertenecen a una fortaleza de espesores sintácticos y sólo cierta ejecución *deliberadamente exacta* por el pasaje de los hechos las vuelve capaces de transmitir su pureza. Yo podía leer el reverso de su trama. Pude haberle dicho lo que sabía, haberme retirado con la higiénica conciencia de quien antes de rematar al caído le explica que después de la daga viene el incendio, el estado de sitio, la ocultación marcial de las piras. ¿Veía él, con esos nervios ópticos atrofiados, cómo la sombra terrible de esa Atenea jovencísima, *si sage si combative*, alzábase sobre los astros antiguos? Me tomé el atrevimiento de insistir sobre mis correcciones a la Teoría de las Transmisiones –y decrecí la velocidad– *en esta alborada de la radicalización de la teoría*. Los ecos de mi coda decisiva no habían terminado de desaparecer, replegándose grácilmente entre los tules del silencio, cuando a Augustus le empezó a temblar la comisura izquierda; entonces el rollizo E.G. se materializó junto a su señor y sostuvo su copa, envolviéndome con mirada celosa.

Mis lectores sensatos dirán que éste era el momento de desaparecer, tarareando levemente *so long, farewell*. Y si bien pude leer esta señal en el entramado de telas, aire viciado, frases inconexas y sudor que llaman mundo, yo no me moví. *No siree*. Al contrario: sentí que aquel trío fatídico de hombres acababa de descerrajar la cifra de un ejército levantisco en mí. Fui invadida por un acceso voluptuoso, unas ganas locas de recitar unos versos a la manera de Von Clausewitz:

Pero la aniquilación del otro (el adversario)
no puede reducirse a una simple negación lógica;
al contrario,
es una negación dialéctica engendrada por el conflicto mismo.
En tanto que el conflicto se desarrolla, esto es,
en tanto que desarrolla su potencialidad,
se manifiesta no como una fuerza en sí mismo,
sino como el producto
de una realidad creada
por antagonistas
también
reales.

Pero me quedé callada, me tragué mis ganas. Algo similar quizás sientan los gatos al hacer avanzar y retroceder bolas de pelo a través del conjunto laríngeo (¿soy Yo que juego con la bola de pelos?, ¿o es la Bola de Pelos que juega conmigo?, pensará la gatita Montaigne. Ya les hablaré de Yorick, mi pez). Es el dilema silencioso del Tiempo y el Espacio titubeando al borde de la existencia; en mi diccionario privado Senestésico-Fundanticial-Senestésico, apnea pura, deslizándose a presión a través de mis líneas profundas. Es como si la superficie se alejara progresivamente, volviéndose vaga y porosa, como el trío de hombres que ahora se desplaza cada vez más lejos, más oscuros, internándose en otros pozos de sentido, otras penínsulas de rocas.

Sé que giró levemente, cuidando que otros no lo vieran, en una personal versión de un "hasta luego". Pero no quisiera adelantarme, o "empujar el sobre", como dicen los norteamericanos, en el examen de una intuición, de una fría explosión de empatía controlada, en la seriedad de su rictus y ese brillo distante y colegiado de las almas severas cuando reconocen un par. Las excusas de tu orgullo no pueden enceguecerme.

Quiero que veas, Augustus, que notes la piedad cristalina con la que habré de operar desde ahora hacia entonces. Sé que haber desculado la clave de tu teoría es una tarea que, en principio, podrías llegar a creer que *sólo* te competía a ti. Te trato de tú ahora, pero dejaré de hacerlo inmediatamente, movida por entonaciones más o menos rioplatenses –plátano-río, sobrio sombrío y neutral. Entiendo que a menudo es difícil trasladar el poder de una determinación, a primera vista autónoma, a la seducción (y probablemente, el espanto) de observarla cazada y sangrante entre los dientes de una superposición de voces, como me verás demostrándote a medida que avance sobre tus compañeros de armas, tus yo que son casi tú, esos tú casi yo, elegidos por tu tú en ti.

Pues tu teoría se queda incompleta sin mí. ■

---

* No Augustus, que sabe perfectamente quién soy.